

DIARIO DE UN TESTIGO DESDE BELGICA

(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Nuestro corresponsal en Bruselas, D. Roberto J. Payró, nos ha enviado la correspondencia de esa capital que empezamos a publicar hoy. Se trata de un diario llevado escrupulosamente desde el 26 de julio, y cuya primera parte alcanza hasta el 4 de agosto. Ocioso nos parece encarecer la importancia de esta correspondencia, escrita por un testigo de los sucesos, que es, además el escritor bien conocido y apreciado por los lectores de este diario.

Bruselas, domingo 26 de julio (de 1914)

Son las 11 de la noche y regreso del centro, de la « ciudad baja » o del « bajo de la ciudad », como se le

llama aquí. Todo estaba en la calma ordinaria y pequeños burgueses y obreros endomingados, del brazo de sus compañeras, recorrían muy tranquilamente los bulevares, sin un comentario sobre la situación, sin precipitarse siquiera a comprar las últimas ediciones de los periódicos, que vienen, sin embargo, llenas de noticias alarmantes. No es de extrañar, porque este pueblo no se agita ni hierve a la primera excitación, y un conflicto entre Austria y Serbia parece cosa harto lejana e indiferente a los que no saben a fondo las concomitancias europeas y el choque de intereses que este conflicto puede provocar.

Bajamos al centro con M. Georges Hostelet, y recorrimos los bulevares, la plaza de la Bolsa, la de Brouckère, todos los puntos de reunión, todas las vísceras de la ciudad donde suelen repercutir hasta las menores agitaciones con una insólita palpitación cualquiera : nada se movía fuera del ritmo común, no

se oía una voz más alta que otra, no se escuchaba un comentario agitado, no había el más ligero síntoma de nerviosidad.

- *Parece que somos los únicos que nos damos cuenta de la situación ... o que la exageramos*- dijo Hostelet.

- *Sin embargo, esa situación es evidentemente grave, más grave que cuando Agadir, y Bélgica está condenada a entrar en juego, quiéralo o no.*

- *Sí ; los augurios no pueden ser peores.*

Pero no éramos los únicos alarmados, como supimos enseguida ; a pesar de ser domingo (y aquí los domingos no funciona ni el correo) los servicios administrativos han estado en plena actividad. El primer ministro, M. de Broqueville, no ha abandonado su despacho en todo el día. Todos los permisos de soldados y oficiales quedan retirados. Los jefes de cuerpos de ejército han recibido o van a recibir las órdenes e instrucciones para una semi-movilización, el desdoblamiento de las

unidades, la requisición de caballos, la preparación de vituallas, etc. Hemos sabido, también, que si la situación no mejora se reforzará el activo de paz con las clases de 1912, 1911 y 1910, y que el ejército belga llegará a cien mil hombres. El gobierno hace decir a los diarios oficiosos : *"Aunque el ejército sea llevado al efectivo de cien mil hombres, esto no significará en modo alguno que la guerra sea segura. Se tratará de una medida necesaria y que, lejos de inquietar a la población, debe infundirle la confianza de que Bélgica observa los acontecimientos y cumple con su deber"*.

El telégrafo del ministerio de relaciones exteriores funciona, entretanto, sin cesar.

Con todo, poco después de las diez la gente se retira de los bulevares, con la tranquilidad acostumbrada. Dentro de una hora, cuando terminen los teatros, habrá otro pequeño movimiento y en la

ciudad baja no quedarán ya sino los trasnochadores habituales, y algunos de los innumerables extranjeros que en estos días han venido a visitar Bruselas llenando con sus largas teorías fatigadas y con caras de hastío los monumentos públicos, los museos, las calles y las fondas.

Por mi parte vuelvo a casa con una zozobra de que no se ha contagiado la muchedumbre, como yo no me he contagiado con su apacible despreocupación.

Si la guerra estalla, después de las angustias inevitables, después de la escasez y la miseria que reinarán mientras dure, quién sabe si no viene la desaparición de Bélgica, amablemente absorbida por Alemania, o desmembrada y rota, tras de haber servido una vez más de campo de batalla !

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *Desde Bélgica. Diario de un testigo*
(1) », in LA NACION ; 08/09/1914.